

mismo tiempo, produce entre ellas y por una consecuencia necesaria se acorta en virtud de la atracción capilar que existe entre el agua y sus fibras.

Todo individuo que haya visitado la ciudad de Roma conoce la famosa anécdota acerca del obelisco que el papa Sixto V hizo colocar delante de la iglesia de San Pedro en Roma.

El caballero Fontana, que había emprendido este trabajo de colocar este monumento, veía perdido, según dicen, casi del todo el fruto de su trabajo; precisamente en el momento en que se debía colocar la columna sobre el pedestal, porque parece que estaba suspendido en el aire y ladeaba, pues las maromas que la sostenían se habían estirado un poco, se encendían y era imposible que la base del obelisco pudiese descansar sobre el vértice del pedestal, y entonces hubo entre la multitud quien gritó, apesar de las órdenes severas que se habían impuesto al que diera el menor grito durante la colocación del obelisco; «mojad las maromas» y la columna se levantó poco á poco por sí misma á la altura necesaria y pudo ponerse recta en el pedestal que se le había destinado.

En Roma se cuenta que la persona que dió el grito fué un español que presenciaba la operación, el cual el papa Sixto V le perdonó de la pena de la vida que se había impuesto al que diera la menor voz durante la operación, sino que le recompensó mucho su consejo, porque á él se debía el buen éxito de la operación efectuada.

Sin embargo, informado de lo expuesto el papa Sixto V tuvo la curiosidad de preguntar al español:

—¿Por qué motivo has dado el grito?

—Porque vi que las cuerdas que levantaban el obelisco empezaban arder y nadie se atrevía á decir